

Iraq: ojalá solo fuera el petróleo

Farid Kahhat

Probablemente, Iraq no se hubiera convertido en un virtual protectorado estadounidense de no tener grandes reservas de petróleo, pero esos yacimientos estaban allí antes del 11 de septiembre del 2001, y hasta entonces la política oficial del gobierno de los Estados Unidos hacia Iraq se centraba en la aplicación de lo que el presidente Bush dio en denominar «sanciones inteligentes». Su propósito era afectar los intereses de la elite gobernante sin causar estragos entre la población civil (a diferencia del régimen de sanciones vigente desde 1991, que provocó según la UNICEF la muerte de 700 mil niños iraquíes). En cambio, tras los atentados en Washington y Nueva York la prioridad de la administración Bush pasó a ser el empleo de «armas inteligentes» como medio para derrocar al régimen de Saddam Hussein.

Para comprender ese cambio habría que entender primero el efecto paradójico que tuvo el fin de la Guerra Fría sobre la política exterior de los Estados Unidos. De un lado, la desaparición de la Unión Soviética convirtió al país en una potencia sin contrapesos en los planos político y militar, dotada además de capacidad para proyectar su poderío en el ámbito mundial (dado que sus tropas están presentes en más de cien naciones del planeta). De otro lado, sin embargo, la vigencia durante la Guerra Fría de un orden bipolar y, dentro de él, la estrategia de contención del comunismo, habían representado una fuente de certidumbre en el proceso de toma de decisiones: por ejem-

plo, el criterio fundamental para definir cómo actuar ante una crisis internacional era la estimación de las repercusiones que esta pudiese tener sobre el balance de poder entre las superpotencias. Con la desaparición de la Unión Soviética, los Estados Unidos perdían uno de los principios ordenadores de su política exterior: la contención del comunismo.

Por ello no es de extrañar que el fin de la guerra fría diera origen a un intenso debate sobre el futuro de su política exterior. Así, autores liberales, como John Ikenberry, sostenían que la estrategia de contención representaba solo uno de los fundamentos de la política exterior estadounidense durante la guerra fría. El otro era la construcción de un orden político liberal entre las democracias capitalistas, basado en la cooperación a través de instituciones que encarnaban normas compartidas. Dado que la contención del comunismo había dejado de ser un objetivo de política exterior, los Estados Unidos podían ahora abocarse a la tarea de expandir ese orden político liberal al conjunto de la humanidad por medio de la persuasión y de incentivos económicos (no del uso de la fuerza).

En este debate participaron también autores realistas, para los cuales la pregunta fundamental sobre el nuevo orden internacional era cómo preservar una distribución de poder unipolar. Así, Stephen Walt sostenía que la mejor forma de evitar que otros Estados se aliaran para contrapesar el poder de los Estados Unidos era haciendo un ejercicio ponderado del mismo, de modo tal que la preeminencia de poder estadounidense no fuese percibida como una potencial amenaza para los intereses de países como Francia o Rusia. Paul Wolfowitz, en cambio, sostenía que la mejor forma de preservar la distribución de poder unipolar era incrementando aún más el gasto en defensa de los Estados Unidos. No bastaba con que ese país dedicara a ese rubro un monto equivalente a la suma del gasto en defensa de las siete potencias que le seguían, era necesario además ampliar esa brecha para que ningún estado o combinación de estados pudiese siquiera concebir la posibilidad de emular el poderío militar de los Estados Unidos.

La contribución a ese debate de Wolfowitz no se limitó por cierto a lo hasta aquí expresado. Primero, a través de un reporte elaborado para el Departamento de Defensa en 1992 (cuando el actual vicepresidente, Dick Cheney, era el encargado de la Secretaría) y luego, a través de un texto publicado por la organización Project for the New American Century,¹ Wolfowitz diseñó el perfil de una política exterior neoconservadora. Probablemente, el efecto más perdurable de los atentados terroristas del 11 de septiembre del 2001 haya sido el conceder a esa perspectiva una preeminencia que no hubiese alcanzado de otro modo. Como recuerda Oliver Roy:

La mayoría de los análisis realizados tras el 11 de Septiembre parten del principio de que se trata de un acontecimiento fundante en términos de geoestrategia, com-

¹ Véase, < <http://www.newamericancentury.org/>>.

parable por ejemplo a la caída de la URSS. Así, la metáfora de la “guerra” es utilizada por primera vez para calificar tanto un atentado terrorista como la reacción estadounidense que lo siguió [...]. La verdadera nueva amenaza terrorista, temida por los analistas, consistiría en la privatización de las armas de destrucción masiva (ADM), es decir, en su uso por grupos no estatales.²

De hecho, con la publicación del documento «La Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América»,³ la propuesta de Paul Wolfowitz se convirtió en política oficial del gobierno estadounidense. La nueva estrategia recoge en forma explícita los tres principios cardinales que, a criterio de Wolfowitz, debían regir la política exterior de los Estados Unidos: internacionalismo, unilateralismo y acción preventiva. El documento mencionado se refiere a la necesidad de promover un nuevo «internacionalismo americano»⁴ (por contraposición a las tendencias aislacionistas del conservadurismo tradicional). Lo que está en cuestión aquí es la importancia que la agenda de política exterior de los Estados Unidos tendría en comparación con su agenda de política interna. En ese sentido, el «internacionalismo» se contrapone al «aislacionismo» propio de una vertiente del conservadurismo tradicional.

En cuanto a la disyuntiva entre multilateralismo y unilateralismo, Robert Kagan argumenta (persuasivamente en mi opinión), que las diferencias en torno al tema son de grado y no de tipo dentro de la elite política de los Estados Unidos. Pero eso era antes de que sus congéneres del movimiento neoconservador cobraran preeminencia en el Pentágono, y la denominada «derecha cristiana» se convirtiera en una base electoral privilegiada por la administración Bush. Estos actores han introducido una diferencia de tipo en este tema: su animadversión visceral, por razones ideológicas, a todo vestigio de institución multilateral. En su versión épica del mito griego, aquellas serían las cadenas que impiden al Prometeo estadounidense desafiar no ya a los dioses, sino a las fuerzas del mal que acechan a la humanidad. Aunque claro, hay diferencias de estilo: mientras que los más proféticos y apocalípticos voceros de la derecha cristiana (es decir, la mayoría) suelen alegar que la ONU es parte de una conspiración siniestra para apoderarse del mundo, algunos sofisticados integrantes de las selectas huestes neoconservadoras suelen deslizar en forma ocasional y sibilina la tesis de que disolver las Naciones Unidas tal vez no sea una mala idea.

Si bien el documento de seguridad nacional antes mencionado no emplea el término unilateralismo, el documento afirma de modo categórico que los Estados Unidos no dudarán en actuar en solitario cuando lo consideren necesario. Ello no implica ciertamente

² Roy, Oliver. *Las Ilusiones del 11 de septiembre. El debate estratégico frente al terrorismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 10. Véase, por ejemplo, STERN, Jessica. *El Terrorismo Definitivo, cuando lo impensable sucede*. Buenos Aires: Ediciones Granica, 2001, p. 35.

³ <<http://www.whitehouse.gov/nsc/nss.html>>.

⁴ *Ibidem*.

que no busquen obtener la legitimidad que brinda el apoyo de la comunidad internacional a través de sus instituciones (en particular el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas). Pero, como en los casos de Kosovo (en donde intervino a través de la OTAN) o el de la creación de zonas de exclusión aérea en Iraq (las cuales patrullaba en forma conjunta con Gran Bretaña), los Estados Unidos no permitirán que la ausencia de ese respaldo mediatice el logro de sus objetivos. Desde esa perspectiva, no sería necesario hacer concesiones a aliados dubitativos para preservar su respaldo en la búsqueda de los objetivos que los Estados Unidos se tracen en materia de política exterior. En palabras de Donald Rumsfeld, la misión definirá la coalición.

Por último, el documento hace explícito el propósito de realizar ataques preventivos «contra amenazas emergentes aun antes de que estas se hayan constituido plenamente», o, en otras palabras, «antes de que sean capaces de amenazar a los Estados Unidos y a sus aliados con el uso de armas de destrucción masiva».⁵ En otras palabras, esta nueva forma de guerra no previene una amenaza inminente, sino más bien un escenario meramente hipotético: la posibilidad de que «Estados parias» adquieran o desarrollen armas de destrucción masiva, las cuales eventualmente podrían hacer llegar a organizaciones terroristas de alcance global, las cuales a su vez podrían emplearlas contra intereses estadounidenses.

256

Es sobre la base de este último criterio que en su informe del año 2000 Wolfowitz señalaba a Iraq, Irán y Corea del Norte como posibles blancos de eventuales acciones norteamericanas, en tanto regímenes que compartían dos características: su hostilidad hacia los Estados Unidos y su propósito de adquirir armas de destrucción masiva. La decisión de emplear la apocalíptica expresión «Eje del Mal» para referirse a ellos fue la escatológica contribución del presidente Bush a esta estrategia.

«La Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América» también diseña las líneas maestras de una estrategia específicamente destinada a lidiar con la región del Medio Oriente. El objetivo medular de esa estrategia sería el de obtener una hegemonía regional, tanto en la acepción realista como en la, digamos, gramsciana del término. En el primer sentido, obtener hegemonía supone adquirir la capacidad de proyectar poderío en la región (en particular a Siria e Irán, vecinos ambos de Iraq), dependiendo lo menos posible de aliados regionales potencialmente esquivos. Según el documento, ello implica la necesidad de establecer nuevas bases militares en ultramar. En su documento del año 2000, Wolfowitz sugería que esas bases fuesen construidas en América Latina y el Medio Oriente, lo cual concuerda con reportes periodísticos que indican que los Estados Unidos estarían construyendo catorce bases militares en territorio iraquí.

En cuanto a la búsqueda de hegemonía regional en la segunda acepción del término, el documento de seguridad nacional del 2002 sostiene que, contra lo que prevén autores

⁵ Ibídem.

como Samuel Huntington, el mundo no marcha en forma inexorable hacia un «choque de civilizaciones». Añade sin embargo, que existe un choque dentro de la civilización islámica, entre las fuerzas de la modernidad y las fuerzas del fundamentalismo. De esa premisa se deriva un diagnóstico peculiar de la política en el Medio Oriente. Según ese diagnóstico, la razón por la cual los autores de los atentados del 11 de septiembre provenían del mundo árabe sería que se trata de países en donde la ausencia de crecimiento en la economía coincide, por razones demográficas, con un crecimiento explosivo de la población en edad de trabajar. Por lo demás, el desempleo juvenil frustra una expectativa crucial en toda sociedad que transita hacia la modernidad: lograr niveles significativos de movilidad social a través de la educación universitaria.

A su vez, el descontento social que ello genera no suele encontrar canales de expresión en una región en la que prevalecen regímenes autoritarios. Para evitar que ese descontento se canalice por vía violenta en contra de esos regímenes, estos crean chivos expiatorios externos para cohesionar el frente interno. Los más socorridos entre ellos serían Israel y los Estados Unidos. Por ello, cambiar la naturaleza de esos regímenes (presuntamente para dar lugar a sociedades libres y prósperas) sería no solo un fin loable en sí mismo, sino además una condición necesaria para drenar las ciénagas de marginación social de las que se nutre Al Qaeda.

El problema con ese diagnóstico es que partiendo de premisas esencialmente ciertas, llega a una conclusión en lo esencial equivocada: diversas encuestas revelan que la mayoría de los árabes son conscientes de la naturaleza de los regímenes que padecen, y que preferirían vivir en democracia, pero eso no hace que cambie su opinión sobre Israel o los Estados Unidos. Según esas mismas encuestas, esa opinión mayoritaria es consecuencia de las políticas de esos estados en su región, y no del estilo de vida que impera en ellos o de las tácticas diversionistas de sus gobernantes.

257

El problema aquí radica en que aquellos que fungen de expertos en materia de cultura islámica no suelen consultar a los presuntos implicados. Si lo hicieran, descubrirían, por ejemplo, que según una reciente encuesta internacional, al ser consultados individuos pertenecientes a distintas confesiones religiosas sobre el valor que asignarían en una escala del 1 al 100 a la oración «Apruebo los ideales democráticos». Los musulmanes consultados le asignaron un valor superior al que le concedían tanto los encuestados identificados como «cristianos occidentales», como los que profesaban otras religiones.⁶ Hecho que tal vez se deba en parte al hecho de que la mitad de los musulmanes en el mundo viven en regímenes plenamente o bastante democráticos,⁷

⁶ «Muslim Opinion Polls». *The Economist*, 19 al 25 de octubre, 2002, vol. 365, n.º 8295, p. 43. Bajo ese título la revista *The Economist* compila el resultado de encuestas realizadas por las siguientes empresas: Zogby Internacional, National Society of Public Opinion Studies, Gallup, World Values Survey y NFO Middle East.

⁷ STEPAN, Alfred. *Arguing Comparative Politics*. Stanford: Stanford University Press, 2001. El carácter democrático o no de un régimen es evaluado en función de los índices que sobre la materia elabora la ONG norteamericana Freedom House.

según revela el politólogo estadounidense Alfred Stepan en libro reciente sobre política comparada.

A su vez, otra encuesta reciente indica que, cuando a los ciudadanos de países árabes se les pregunta si tienen una actitud favorable a la concepción estadounidense de la libertad y la democracia, una mayoría absoluta responde que sí. Sin embargo, cuando a los integrantes de la misma muestra se les pregunta si tienen una actitud favorable a la política exterior de los Estados Unidos, menos de un 10% responde afirmativamente.⁸

En Marruecos y Jordania, por ejemplo, la proporción de la población que tenía una opinión favorable de los Estados Unidos disminuyó desde niveles de entre un 36 y un 38% hasta niveles de un 8 y un 9 % durante el año anterior a la guerra en Iraq. Lo cual sugiere obviamente que esas opiniones se basan en una evaluación de los hechos políticos según estos se van sucediendo, y no en una mentalidad cristalizada e inmutable, que los induciría a ver con recelo todo vestigio de modernidad occidental.

De otro lado, cabría recordar la dimensión instrumental del intento estadounidense de promover la democracia. En palabras de George Bush durante un discurso en Londres, «sesenta años de apañar la falta de libertad en el Medio Oriente no han hecho nada por proteger nuestra seguridad». Sin embargo, siempre es posible que, como ocurrió tantas veces en el pasado, los principios y los intereses de los Estados Unidos entren nuevamente en conflicto. Por ejemplo, ¿qué pasaría en aquellos casos en que, a diferencia del Medio Oriente, «apañar la falta de libertad» parezca «proteger nuestra seguridad»? Una respuesta posible es la que ofrece el gobierno de Uzbekistán, miembro privilegiado de la alianza que habrá de democratizar Iraq, pero que somete a sus propios demócratas a las más refinadas prácticas de tortura oriental para obligarlos a recapacitar.

Habría que recordar también que este no es el primer intento de construir una democracia en Iraq a través de una ocupación militar extranjera. Gran Bretaña buscó edificar una monarquía constitucional en ese país durante la década de los años 20. El problema fue que eso no era lo único que buscaba en Iraq. Buscó también que una Asamblea Constituyente ratificara un Tratado que institucionalizaba la presencia permanente de sus fuerzas armadas en suelo iraquí, y que concedía a una empresa británica el control discrecional del petróleo de ese país. Para garantizar ese desenlace, buscó además cultivar la lealtad de una minoría étnica y social que prefiriese un estatus privilegiado bajo la tutela imperial de Gran Bretaña (por ejemplo, la elite sunnita), antes que la incertidumbre de la autodeterminación bajo la égida de una mayoría desposeída de confesión chiíta. Cuando esos objetivos entraron en conflicto con la posibilidad de construir un régimen con alguna pretensión de legitimidad popular, esta última fue sacrificada.

⁸ *Ibidem.*

Algo similar podría ocurrirle a los Estados Unidos, que busca construir democracias en la región, pero también busca regímenes aliados y estables. Presuntamente hoy en día la democratización sería el medio para lograr la estabilidad política regional. Pero a su vez las democracias carecen del poder discrecional que podría ser necesario para garantizar una alianza incondicional con los Estados Unidos. Piénsese, por ejemplo en el caso de Turquía: a nadie le cabe duda alguna de que si ese país permaneciera aún bajo el poder tutelar de las fuerzas armadas, habría permitido a las tropas estadounidenses abrir un segundo frente desde su territorio durante la invasión de Iraq. Fue una decisión del Parlamento electo de Turquía la que impidió que ello ocurriera. En ese entonces, Paul Wolfowitz propuso contemplar la aplicación de sanciones a ese país, por lo que en esencia constituía el ejercicio democrático de sus facultades soberanas.

Existen, sin embargo, indicios de que, a contramano de lo dicho hasta aquí, el gobierno de los Estados Unidos comienza a tantear los límites del unilateralismo en política exterior: con 21 de sus 33 brigadas de combate emplazadas en ultramar (16 de ellas en Iraq), no tiene la capacidad, de considerarlo necesario, para incrementar sustancialmente su presencia militar en ese país. Además, tiene problemas para mantener los ciclos de rotación habituales de sus fuerzas, lo cual empieza a incidir en la moral de la tropa. Por lo demás, mantener al contingente actual supone un gasto mensual de 4.000 millones de dólares, en un contexto en el cual el déficit fiscal es cada vez más una preocupación mayor en la política interna de los Estados Unidos.